

LA PASION DEL MARQUES DE SADE

MIGUEL BELTRAN



~~UNIVERSITAT DE LES ILLES BALEARS~~

Universitat de les
Illes Balears

Servei de Biblioteca i
Documentació
C/ Felip Ramos Llull

En su *Histoire de la folie a l'âge classique*, Michel Foucault denuncia la dicotomía entre razón y sinrazón que impuso el cartesianismo, las restricciones a que en le *grand siècle* fue sometida la locura por parte del poder (desde la expresión institucionalizada de la misma al internamiento de quienes la padecen, y, claro está, la proscripción de toda exposición discursiva proveniente de la irracionalidad). Para Descartes el sujeto que piensa es inmune a la contaminación de la locura; el mismo ejercicio de la razón —id est, la cogitación— elimina por su solo acontecer toda experiencia de sinrazón. Así, la locura se concibe como necesariamente ajena al pensamiento, desterrada del dominio en el que residen las pretensiones de verdad que el sujeto proclama. Se equiparan verdad y razón, y la eminencia del Yo es sustentada sobre su cometido de percibir lo cierto. De este modo, la razón irrazonable que preservó el Renacimiento —el raciocinio analógico y toda ciencia antiintelectualista cuyo medio fue la intuición global del mundo y la directa del objeto— se ve repudiada por el cartesianismo. En este sentido el siglo XVII inculpa —reduciéndolo al concepto de locura— todo comportamiento referible al pensamiento libre y al sistema de las pasiones. La expresión del libertinaje es, en el siglo XVII, sinrazón, y en consecuencia se la somete al interdicto. El lenguaje omite su elucidación dado que ésta resultaría en palabras sin significado. Su abolición es total en el orden escrito.

Sade, en el siglo XVIII, cuestiona el consolidado Yo cartesiano que se erige prepotente en la articulación entre razón y locura. En sus obras prescribe la ausencia de sujeto. El hombre es reducido a máquina de pensar y gozar (considérese el precedente de La Mettrie, sobre todo su *Anti-Séneca*). Asistimos a la polarización del sujeto —“la cabeza y los cojones”— que no puede interpretarse como un vestigio del dualismo cartesiano, en cuanto que la cabeza no es un sustituto del Cogito, sino el dispositivo de conjunto cuya misión es prodigar la diversificación, refinamiento e intensidad de los efectos del erotismo. En este sentido cabe interpretar las palabras de La Duclos en *Cent Vingt Journées de Sodome*: “Yo afirmarí que no es tanto la sensación física como la moral la que les lleva a estos paroxismos; estoy segura de que si esas personas no supieran nada de moral no podrían acceder a semejante paraíso de voluptuosidad”¹. Aún más deliciosamente explícito, Sade llega a afirmar que cuanto más espíritu se tiene, mejor se gustan las dulzuras del sexo. El pensamiento se convierte de este modo en un instrumento del placer; hace posible la transgresión y lleva al extremo la anulación del conflicto entre lo que se desea y la ley que establece la moral. El sujeto cartesiano se disgrega si desaparece este conflicto, y esto es lo que anhela el libertino sadiano: Trastocar el orden del universo. El sistema debe conformarse al deseo. Siendo así, el goce supremo es “el de la cabeza”, y a ello se debe la preeminencia del sentido auditivo (que debe entenderse propiamente como la del lenguaje). El libertino se provee de cuanto pueda satisfacer a los demás sentidos por

(1) *Ciento veinte días de Sodoma*, Ed. ATE (1983), pág. 174.

la hubricidad, y se deleita en esta situación mediante el relato en detalle, exfoliado, de las diferentes acciones que suscita la disipación. Queda pues configurado el proceso mediante el cual Sade penetra en lo intelectual. El placer del oído es placer del entendimiento, pues el discurso cifra el libertinaje como asunto de método y conocimiento, y es el único elemento que posibilita a aquel el saber de sí mismo. De este modo la línea divisoria que el racionalismo había situado entre saber y deseo desaparece. En la obra de Sade la filosofía se enseña en el boudoir, el discurso se perpetra en el devenir orgiástico; todo saber concierne sin mediación al cuerpo, y éste se hace deseable sólo en la medida en que el lenguaje lo convierte en el mismo centro de su razón de ser.

La misma desnudez niega la subjetividad. Sade soslaya al sujeto del Cogito mediante la imposición de su reverso, negando los atributos que Descartes confiere al Yo —inmortalidad, virtud, menosprecio del cuerpo, sumisión social—. Siendo el goce sólo una exaltación orgánica, los sujetos no son individualizables. Si el dominio teórico y social de la Razón situó toda transgresión moral en el ámbito del delirio, Sade crea la contrasociedad, en la cual es posible, a la vez, transgredir y saber. Es ésta un espacio privado de luz, inaccesible a todo exterior; su existencia precisa de un código que regirá la comunidad (como se observa en Silling²), y cuya inobservancia no es siquiera permitida a los dominadores. No parece preciso explicar que las sociedades de Sade se imponen bajo la forma de institución y no la de contrato. Deleuze ha señalado a este respecto que el pensamiento sadiano tiende a establecer la institución mediante un estatuto de larga duración, que confiere un poder cuyos efectos deben perjudicar a terceros. La institución supone la inutilidad de las leyes, que son sustituidas por un modelo de acción regido por el poder y la fuerza. Su propia dinámica hace burla de la ley y se considera superior a ella. Sade parece no poder elegir sino esta radical propuesta frente al intransigente espacio teórico del racionalismo.

Foucault ha definido la obra de Sade como única teoría de las existencias de la sinrazón. La exposición del libertinaje es la de los actos anónimos y acosados que hasta entonces habían sido reducidos a la reclusión o al internamiento. Sade reduce la facultad demostrativa —función suprema del lenguaje para el racionalista— a instrumento mediante el cual el libertino divulga una constitución o condesciende al diálogo con su víctima (situación esta última a la que asistimos con frecuencia en *Justine*, cuya heroína se convierte en confidente de todos sus ofensores). La intención del sadiano no es persuadir, sino descifrar al razonamiento en sí mismo como una violencia, que con su perfecta lógica y poder rigurosos se convierte en un instrumento de los dominadores. El poder y la verdad confluyen, pues, en la omnipotencia de quien demuestra. Ello puede explicar que el libertino iniciado en la "*Sociedad de amigos del crimen*" deba comprometerse a realizar todos los crímenes, "*aún los más execrables*", al más ligero deseo de sus pasiones, pues la razón debe someterse al deseo. "*La*

(2) Silling es el nombre de la fortaleza en la que se encierran con sus víctimas los libertinos de *Ciento Veinte días de Sodoma*.

esencia de las obras de Sade es destruir" ³, precisa Bataille. Destrucción de víctimas y leyes; la del propio libertino que se ensaña en sí mismo, y, como coronación paradójica, la de la misma obra y de su autor.

(i) En Sade el cuerpo es simple concrección material, sometida a un despiadado proceso de despersonalización. Ignoramos de las víctimas sus rostros convulsos, su temor, el grado de sus sufrimientos, la sangre vertida. Únicamente sus gritos nos son revelados imprevista y anónimamente. El cuerpo de la víctima es reducido a un sistema de órganos carente de unidad interior, como si de un conjunto de cantidades se tratase. La descripción de sus actitudes no cumple otra función que la de pretexto de figuras sensibles sobre las que se construyen demostraciones. Sade ordena todas las formas del deseo abocándose a una prolija enumeración de su posible satisfacción: son medidos los órganos, registrados los actos, computadas las operaciones. Este placer por la enumeración tiene su razón de ser en la distinción —puesta de relieve por Klossowski ⁴— entre las dos Naturalezas: Naturaleza Primera, Idea pura del entendimiento, estricta negación no sometida a la necesidad de crear; esta Naturaleza no es dable empíricamente, puesto que la negación que comporta —Sade no lo ignoraba— es un delirio de la razón, y sólo objeto de esta. Inversamente, la Naturaleza Segunda se subordina a las reglas y leyes que le son propias; supone el elemento personal y limitado —humano—, cuyas destrucciones son inevitablemente imperfectas y, en definitiva, envés de otras creaciones, dado que en el desorden originan, sin apelación, un tipo distinto de orden.

Así, la perenne consternación del libertino sadiano proviene de su conocimiento de que el crimen absoluto le es imposible a su ínfima naturaleza. El libertino no podrá consolarse percatándose de que el dolor de los otros le procura placer, porque este mismo placer indica que lo negativo se convierte en reverso de una positividad. En este sentido la enumeración produce la ficción acumulativa que permite —hipotéticamente— aproximarse a la Naturaleza Primera, aun cuando la conciencia lúcida de lo ingente de dicha reiteración conduciera al sádico al aborrecimiento de la misma. El libertino no podrá ya mostrarse excitado por los objetos temporáneos que se apropia para su placer, sino por el objeto que no está presente, la idea del Mal. "Sólo me reconozco hombre —confiesa Curval— realizando los actos más abyectos y sucios" ⁵, y Blangis, a su vez, refiere: "Yo he robado, violado, asesinado, incendiado, pero jamás mi moral ha sido perseguir un objeto más allá de estas atrocidades, sino la atrocidad misma. Mi placer radica no en el objeto, sino en el hecho abstracto de que practico la maldad; por ello he tenido unas fuertes erecciones, lo que quiere decir que la esencia del libertinaje está en el mal mismo, y no en el objeto; si éste no comportara el mal, estoy seguro de que no provocaría en mí una erección" ⁶. Los personajes de Sade se desesperan atormentadamente, ya que les consta la insignificancia de sus crí-

(3) Michel Foucault. *Historia de la locura*. (1964). FCE, México (1979)

(4) Georges Bataille. *La literatura y el mal* (1957) Ed. cast. (1983), pág. 87.

(5) Pierre Klossowski. *Sade, mon prochain*. Ed. de Seuil 1947.

(6) *Ciento veinte días de Sodoma*, pág. 86.

menes respecto a la idea que les da origen, el Mal, que no puede alcanzarse plenamente sino gracias a la "omnipotencia del razonamiento"; sueñan con un crimen universal e impersonal, "cuyo efecto —anota Clairwil— prosiguiera permanentemente en acción aún cuando yo dejara de actuar, de tal modo que no hubiera un solo instante de mi vida, incluso durmiendo, en el que no fuera causa de algún desorden" ⁷. La pretensión responde el relato sadiano prolongándose, rehaciéndose incansablemente para aproximarse a la suma definitiva. El último número, esta es la paradoja específicamente sadiana, entendida como desorden absoluto pero inaccesible: "Cuántas veces hubiera querido coger el sol y abrasar con sus llamas al mundo entero, y no tenerme que conformar con pulverizar a media docena de insignificantes seres vivos" ⁸. El deseo de abatir los propios límites da origen a este anhelo de fusión con la Naturaleza Primera. Imperfectamente resuelta, esta fusión es pretendida por el libertino, en primer lugar, mediante la destrucción de seres semejantes a él mismo, quienes, en tanto que individuos, desaparecen con la muerte. (El materialismo de Sade le impide ver la destrucción de objetos sino como mera trasposición de materia, irrelevante a su afán de disolución). La violencia sufrida por un hombre, en cambio, le substrahe al orden de las cosas finitas, le devuelve a la infinitud. "Hay, por el hecho de la muerte violenta, ruptura de la discontinuidad de un ser" (Bataille) ⁹; Así, la víctima es entregada a lo ilimitado.

(ii) Después de explayarse en el crimen sobre seres semejantes a él, al libertino le queda el enfrentamiento con la propia muerte. Su última provocación es proclamarla deseable, ensalzaria como el máximo goce: "Qué voluptuosidad la de destruir. No conozco nada que acaricie más deliciosamente, no existe éxtasis comparable al que se saborea entregándose a esta divina infamia" ¹⁰. La reflexión conduce al libertino a contemplar la propia destrucción como aquella que puede perpetrar con mayor placer, dado que la posesión del cuerpo al que se destruye es perfecta, y asienta: "Hay placer en morir" ¹¹. Al mismo deseo de autoanulación responde el efecto de total despersonalización en el que se dispone al grupo orgiaco. "La orgía exige la equivalencia de los participantes. Es, en principio, negación acabada del aspecto individual" ¹², escribe Bataille. De este modo libertino y víctima se equiparan, sumergiéndose en un conjunto anónimo: "Vi un instante en el que todos los miembros de la sociedad no formaban más que un sólo y único grupo, no había ni uno solo que no fuese agente o paciente, y sólo se oían suspiros y gritos de descarga" ¹³. Se disuelven las identidades, la individualidad se abate, los pronombres son impersonales y los verbos pasivos.

Sutilmente el placer por la autodestrucción se concreta en la búsqueda de un estado de prostración anexo al acto libertino. Lo define Curval: "Simplemente es el

(7) *Ibid.*, pág. 101.

(8) Bataille. *El erotismo* (1957) Ed. Cast. (1979) Tusquets editores.

(9) Citado por Evola. *Metafísica del sexo*, pág. 158.

(10) Sade, *Oeuvres*, IX, 437.

(11) Bataille. *El erotismo*, pág. 179.

(12) Sade, *Oeuvres*, VIII, 425.

(13) *Cien veinte días de Sodoma*, pág. 52.

estado al que se llega después de experimentar una terrible devastadora lubricidad. El desengaño, el hastío, es paralelo a la intensidad de la pasión que precede al estallido. El hombre, entonces, se muestra tal como es; una vez apagada ésta, la pasión es una sensación superpuesta, que nos hace odiar la felicidad, porque la felicidad nos ha extenuado" ¹⁴. El acto libertino desemboca deliberadamente en el hastío, éste es el término al que tiende, aún de modo subrepticio, el personaje sadiano, en un intento que responde al impulso de llegar al límite de lo posible. El mismo goce no es sino la pérdida mortal que extenua al cuerpo al tiempo que lo colma. Ello explica también la preferencia por prácticas sexuales cuyo efecto es la total esterilidad. El elogio de la sodomía se une a un razonamiento contra la "propagación"; la sodomía es la elección del goce que derrocha, que dilapida sin finalidad, ajeno a toda disposición proyectiva. Más allá de ésta, la masturbación, que niega el intercambio; Sade la define como la forma de sexualidad más perversa, sustraída a todo posible control, y que responde. "al encerramiento especular del sujeto en su fantasía". Los libertinos que aparecen en las narraciones de La Duclos "descargan" sólo mediante esta práctica, que se convierte en la más intransitiva forma de autosuficiencia. Del mismo modo la consideración del excremento —y la excitación a él debida— tiene por objeto la vinculación del elemento fecundo con lo estéril. Así pues, el sistema del libertino es en esencia el de la improducción.

Bataille ha reafirmado la inefable proximidad entre la disolución y la voluptuosidad: "En el momento de la fiebre sexual... gastamos nuestras fuerzas sin medida, y a veces, en la violencia de la pasión dilapidamos, sin provecho, recursos considerables" ¹⁵. El libertino no accede a la verdadera felicidad sino gastando vanamente, asegurándose de la inmediata inutilidad, del carácter estéril de su acto. Así, Blanchot sitúa en el mismo centro del universo sadiano la exigencia de aislamiento moral, que se eleva como una inmensa negación. La libertad desenfrenada engendra el vacío, al que responde la deliberada desvinculación de toda moral. De este modo sintetiza Blanchot el placer de la transgresión, al que se subordina la imperiosidad de cualquier otro impulso: "El individuo de hoy representa cierta cantidad de fuerza; la mayor parte del tiempo dispersa sus fuerzas alienándolas en beneficio de esos simulacros que llama los demás, Dios, el Ideal; con esta dispersión comete el error de agotar sus posibilidades despilfarrándolas, pero aún más de fundamentar su conducta sobre la debilidad... Pero el hombre verdadero sabe que está solo, y acepta estarlo; niega todo lo que en él, herencia de 17 siglos de cobardía, se remite a otros, por ejemplo, lástima, gratitud, amor, son sentimientos que él destruye; destruyéndolos, recupera toda la fuerza que hubiese tenido que dedicar a estos impulsos debilitadores, y, lo que es aún más importante, extrae de ese trabajo de destrucción el comienzo de una energía verdadera" ¹⁶. En tanto que el libertino se eleva sobre estos "simulacros", la transgresión consiste en malgastar su energía rehuyendo tales finalidades. El individuo sa-

(14) Bataille, *El erotismo*, pág. 235.

(15) Maurice Blanchot. *Lauremunt et Sade*. Ed. de Minuit 1949, pág. 256-7.

(16) Citado por Blanchot, *op. cit.* pág. 236.

diano goza del vacío aceptado, de la realización de lo estéril, de la experiencia sin proyección.

Llegados a este punto, la búsqueda de destrucción anula la lujuria. Sade nos advierte de que el crimen "cometido en el endurecimiento de la parte sensitiva", el crimen oscuro y secreto —en tanto que acto de un alma que, habiéndolo destruído todo, acumula una inmensa fuerza— es mucho más preciable. Desde la negación del prójimo hasta la propia, el libertino, avido de una ilimitada expansión, llevado por el razonamiento hasta el límite de lo posible, accede al aislamiento moral, donde incluso el placer es accesorio: Importa sólo el crimen, prescindiendo de quién sea la víctima. La Idea, exigencia anterior al individuo y que le abarca, impone su movilización, subyugándole. Uno de los personajes de Sade llega a pronunciarse de este modo, habiéndose convertido para él el placer en deseo de consunción: "*Me gusta tu ferocidad. Júrame que un día también seré tu víctima; desde que tenía quince años mi cabeza no se abrasa más que con la idea de perecer víctima de las crueles pasiones del libertinaje. No quiero morir mañana, sin duda; mi extravagancia no llega hasta ahí. Pero no quiero morir más que de esta manera; convertirme al morir en la ocasión de un crimen es una idea que se me sube a la cabeza y me embriaga*"¹⁷. El placer que conlleva la conciencia de la propia destrucción por la muerte culmina una vida a la que solo justifica la necesidad de destruir. La última profanación del libertino —desear su propia muerte, proclamar su voluptuosidad— es reducir el porvenir a algo indigno de atención, inmeritorio, exento de interés. El libertino pretende no recrearse en nada imperecedero, nada que tenga un lugar en la civilización o la historia, nada que presuponga una huella, un enclave, una perseverancia en el ser. Su intención es, inversamente, difamar toda perduración. En la propia muerte es consumado todo. Peciéndose víctima del cúmulo de crímenes que desata, el libertino se regocija del triunfo que el Crimen, divinizado, celebra en última instancia sobre él mismo.

(iii) Sade veja al lenguaje al obligarlo a tomar a su cargo las palabras que dan cuenta de lo reprobable. Sus textos proclaman la soberanía moral del mal a través de una enunciación desmetaforizada de lo que no es confesable. De esta forma tiene lugar la más radical modalidad de lo obsceno, la que se inscribe en el orden más eficaz e irreductible: El lenguaje. Sade hace confesar a este que su eficiencia presupone estratificaciones mantenidas por el poder. Hiriendo reiteradamente el cuerpo de la institución lingüística, los textos sadianos son un dispositivo que obliga a aquella a exhibir la violencia que comporta toda enunciación. El lenguaje en Sade se convierte en relato discontinuo, cuyo orden pertenece exclusivamente al libertino. (En consecuencia, el lector de Sade se convierte en un cómplice, confabula con él, dado que no le está vedada la recepción del lenguaje y, por ello mismo, adquiere la categoría de dominador). El lenguaje es impropio de la víctima, porque confiere poder. Su materialización —ya lo hemos visto— es la causa misma del goce. Por larga y abstracta que fuere, la disertación no es susceptible de provocar aburrimiento, dado que en sí misma es placer y condición directa de su intensidad. El discurso afirma el placer en tanto que

(17) *Justine*. Ed. Espiral Ficción, pág. 63.

consiente al desenfreno físico que piense y programe. Permite el acceso al verdadero libertinaje, al inscribirlo en el espacio del discurso. Este es, *par excellence*, el crimen sadiano. La transgresión que consiste en convertir a la violencia —cuya esencia es silencio— en texto, expresión hegemónica del hombre civilizado; si el lenguaje ha tenido como misión reducir la violencia, Sade transmuta su cometido más inclito al formular a éste del mismo modo en que se ha venido propugnando su exclusión.

Los torturadores de Sade se abandonan a largos discursos en los que se demuestran su razón. Pese a que los juicios que defienden son con frecuencia contradictorios entre sí, su afirmación de la primacía del crimen es unánime. De este modo se quebranta el silencio propio de la violencia, en un discurso que es en realidad paradójico, dado que el hombre “solitario” no se explica ni justifica jamás. Como refiere Blanchot, el solitario moral se encamina hacia la negación total: a la de todos los demás primero, y, por una especie de lógica monstruosa, a la de sí mismo.

En tanto que lo que sostiene no puede eludirse sin que nos ignoremos a nosotros mismos, el pensamiento de Sade no es reducible a la locura. Sus obras nos obligan a apurar nuestra parte oscura, revelándola, a aceptarla aún cuando fuere sólo por su misma condición de ineludible. La conciencia debe extender sus límites con el fin de abarcar los deseos de la violencia, hacer a ésta reflexiva. Sade explora decididamente la conciencia para acendrar el placer. Y su vinculación entre conciencia y violencia —entendimiento y goce—, operada a través de la posibilidad de discursar sobre los objetos de la pasión, emplaza al saber como mediador entre el deseo y su traducción en efectos. Sade se empeña en introducir en la conciencia aquello que subleva a la conciencia. Su convicción de que lo más afrentoso es, a la vez, el más alto provocador de placer, le conduce a formular de manera discursiva la irregularidad moral y cuanto el racionalismo silencio como locura.

El decirlo todo es la consumación de aquello mismo sobre lo que se informa. Es llevar hasta el extremo —irónicamente— los preceptos de la confesión espiritual. Y la declaración, la confesión —ya lo sabemos— anula la culpabilidad. Con Sade descubrimos que la verdadera razón no está libre de vínculos con la locura. Lo que el cartesianismo sometió pero que subsistía inefable en la oscuridad no revelada, reaparece en Sade como discurso y verdad. Los libertinos sadianos, encerrados en obscuras fortalezas, reencuentran esta verdad olvidada, y, no obstante, subsistente: Ningún deseo es contra natura —“Nada ofende a la naturaleza”¹⁸— puesto que es dado al hombre por ella misma, y es ella la que le adiestra en los mismos medios que le permiten su satisfacción. La locura que provoca el deseo, los crímenes, las más inenarrables pasiones, son prudencia y razón, ya que se integran en el orden de la naturaleza. Sade nos insta, implícitamente, a su exhaustivo acatamiento: “No conocerás nada si no has conocido todo”¹⁹. Todo es la Naturaleza revelada y manifiesta.

Si el lenguaje es la forma misma de la ley, si mediante él se construye toda sociabilidad, si su cometido es vigilar con el más extremado rigor, entonces toda ve-

(18) *Cent Vingt journées de Sodome*. Citado por Foucault, *op. cit.*, pág. 296.

(19) Sade, *Oeuvres* VII, 401.

jación infligida al lenguaje se convierte en el puro modelo del crimen, su más alta posibilidad. "El crimen moral —escribe Sade—, aquel al que se llega por escrito"²⁰. Este es el crimen del cual Sade entiende hacerse culpable. Sus textos operan una doble traición: Contra los códigos de exclusión de la lengua literaria, al rechazar *in toto* los procedimientos metafóricos (en Sade la exposición es crudamente directa), y traición a la cultura a través de esta misma corrupción minuciosa de la lengua. El decirlo todo es el crimen que engendra formalmente todos los que enuncia. Refiramonos —quiera brevemente— a este crimen que Sade se goza en reiterar.

La traición se produce por la frontalidad del relato sadiano. En él la imagen, clara y prodigiosamente delineada, inunda la escena. Se suprime la metáfora, en un contexto en el que el código literario no podía tolerar ningún enunciado frontal, con el agravante de que la acción es situada en una sociedad históricamente localizable. Y es significativo que en el instante mismo del placer, el signo más notable de que el orden se derrumba en la pérdida total del lenguaje discursivo, lo que no permite arguir que Sade ignorase la relación entre lenguaje y orden. En el orgasmo, el grito sustituye a la exposición; interviene para interrumpir el discurso, consumando su eficacia. El goce se constituye así en una asimbólica ruptura del orden. Pero el lenguaje ha tenido como cometido propiciar esta misma consumación.

(iii) Inexorable Sade emprende la más refinada forma de auto destrucción que concebirá el pensamiento moderno: la del propio autor a través de su obra. Toda lectura literal de sus textos es infructuosa, inútil su interpretación unívoca. Cualquier intento de elucidar la coherencia ideológica del Sade autor es ficticio, e insostenible. El estudio de Klossowski, ya citado, ha mostrado cabalmente que Sade es inaprehensible a través de sus obras. De las enfrentadas filosofías que sus personajes defienden no puede atribuírsele ninguna. Sus razonamientos se invalidan mutuamente, discurren divergentes y múltiples. Frecuentemente explicitan una teología de "el ser supremo en maldad"; otras veces se sostiene un materialismo ateológico. Se contraponen abiertamente la sensibilidad a la depravación, para luego considerar a una como proyección de la otra. La Naturaleza en estado de perpetuo movimiento —que sustituye a Dios— es alternativamente preferida y denostada. En suma, Sade se substrahe a todo pronunciamiento que defina su pensamiento real. Sintomáticamente firma con el seudónimo Des Aulnets una carta (26-1-1782) en la que subraya la responsabilidad moral del ser humano: "Oh, hombre! a tí te toca pronunciarte sobre lo que está bien y lo que está mal..."²¹. Con respecto a la valoración de su propia obra es igualmente ambiguo. Sabemos que la pérdida de sus manuscritos durante la revuelta de la Bastilla le abrumó de tal modo (murió creyendo que sus *Cent Vingt Journées...* habían desaparecido para siempre), que puede leerse en su correspondencia: "... mis manuscritos, por cuya pérdida vierto lágrimas de sangre... jamás podré describiros mi desesperación ante tal pérdida. Es irreparable para mí..."²². No obstante, en carta de 12-6-1797 escri-

(20) *Correspondance*, pag. 182-3. Publicado por Bordin, Paris, 1929, 4 ed.

(21) *Ibid.*, pág. 14-15.

(22) *Justine*. Trad. esp. Espiral Ficción. Prefacio, pág. 5.

be a Reynaud, su abogado en Provence, refiriéndose a *Justine*, primera de sus novelas y editada en vida del autor: "Quemadla y no la leáis, si por casualidad cae en vuestras manos. Reniego de ella" ²³. En la primera parte de esta misma obra, se refiere a "Los sistemas erróneos que ponemos en boca de nuestros personajes", pero no los identifica. La insistencia con la que a lo largo de sus textos Sade hace razonable la inclinación al Mal, por medio de especiosas argumentaciones, parece hacer lícita la creencia de que toda ella está destinada a proclamar su deseabilidad. "Sade amó el mal" —sentencia Bataille ²⁴—, pero es verdad que ninguno de los filósofos sadianos en sus extensas disertaciones encuentra principio alguno que repare la naturaleza maldita de sus acciones. Tampoco la pretenden, en tanto que es su carácter transgresor lo que convierte en placenteros sus actos. No hay pues, en mi opinión, fundamento ni rigor que permita subordinar la obra de Sade a un principio, del mismo modo que es difícil reconocer en el hombre desmedidamente generoso que salvó del cadalso a los Montreuil y abogó por la desaparición de la pena de muerte, al autor de *Cent Vingt Journées...* Su sadismo parece tener el carácter de una simple perversion intelectual. Y si es verdad que fue obligado, durante un cierto período, a abandonar Francia, e incluso se le encerró en prisión, todo cuanto pudo haberle sido imputado dista enormemente de los horrores descritos en sus libros. Por lo demás, habiendo vivido durante el período del Terror de la Revolución Francesa, la ocasión que ello pudo ofrecer a alguien cruel y sanguinario no fue en modo alguno aprovechada por él. Son ilustrativas, finalmente, las instrucciones que dejó en su testamento, referentes al lugar en que debía ser enterrado: "La fosa, una vez recubierta, será sembrada de bellotas, para que después, al encontrarse el terreno de la citada fosa guarnecido de nuevo y el monte cubierto como lo estaba antes, las huellas de mi tumba desaparezcan de encima de la superficie de la tierra como me ufano de que mi memoria desaparezca de la memoria de los hombres" ²⁵. Como si el acatar la volubilidad de la naturaleza llevara a Sade a negarse a sí mismo y a su obra como realidades constitutivas...

"Si la naturaleza no hiciera sino crear, yo podría creer con esos fastidiosos sofistas que el más sublime de todos los actos sería trabajar en lo productivo, y acordaría con ellos que la negativa de producir debe necesariamente ser un crimen; la observación más ligera sobre las operaciones de la naturaleza, sin embargo, no prueba sino que las destrucciones son tan necesarias a sus planes como la creación; que una y otra de estas operaciones se enlazan y encadenan tan íntimamente que es imposible que una pueda obrar sin la otra... la destrucción es una de las leyes de la naturaleza, como la creación. Admitido este principio... ¿Cómo puedo ofender a la naturaleza rechazando crear?" ²⁶. Afirma pues Sade que la destrucción goza del mismo estatuto de licitud que la creación, propugnada ésta por la reflexión occidental como único objeto de la filosofía —descripción de génesis lineales, de identidades, de sistematizaciones, de críticas inequívocamente constructivas. Numerosos

(23) *Ibid.*, pág. 14-15.

(24) Bataille. *La literatura y el mal*, pág. 89.

(25) Apollinaire. *L'Oeuvre de Sade*. Paris 1909, pág. 145.

(26) Sade, *Oeuvres* VIII, 308.

razonamientos —célebre es el de Domalcé en *La Philosophie dans le Boudoir*— revelan el error de toda reflexión que ignore el poder de la destrucción y el mal. La obra de Sade gesta la contradicción debido a que su objetivo es ser centro de una voluntaria condenación. Toda ella es una transposición de los signos que el universo clásico postulo inamovibles. Creemos sin embargo errónea la consideración de Praz²⁷, según la cual Sade sostiene categóricamente que el Mal constituye la esencia de Dios y/o la Natura. Admitido este supuesto —arguye Praz— el sádico que desee gozar del placer de la transgresión no tendrá otra alternativa que la práctica de la bondad y la virtud, dado que en éstas consiste la única violencia posible contra lo que, según el supuesto, constituye el fondo último de la creación. La obra de Sade, sin embargo, reitera la imposición de una naturaleza cuyo carácter esencial es otro, a saber, la inconstancia, la falta de proyección, la ateleología, y que, por ello mismo, induce a "Thomme réel!" —definido como el que adopta su moral compelido por las satisfacciones inmediatas que esta elección pueda proveerle— a la apreciación únicamente de acciones cuyos fines sean no-mediatos las sensaciones físicas: "¿Vas a comparar un goce quimérico, como es hacer el bien, con el real de hacer el mal?. El uno está llena de prejuicios; el segundo se funda en la razón; el primero logra un placer efímero a través de la más falsa de nuestras sensaciones: el orgullo; el otro, aparte de que contradice las opiniones comunes, es capaz de inflamar todas las pasiones en un verdadero goce del espíritu"²⁸. Se repudia todo maniqueísmo moral, lo que hace anotar a Bataille, refiriéndose nuevamente a *Cent Vingt Journées...*: "Este libro es el único ante el cual el espíritu del hombre da la medida de lo que es... el lenguaje del universo lento, que degrada, con golpe certero, que martiriza y destruye a la totalidad de seres a los que dio vida"²⁹. La imaginación revela lo infame y lo sobrepasa, transformando en expresión razonada las mociones incontroladas sobre cuya negación se construye el edificio social y la imagen del hombre. El racionalismo propugnó la supresión —en el ámbito del discurso— del deseo que altera la claridad de la conciencia. Sade anuncia la realidad de la conciencia del deseo. A través de él el mundo occidental adquiere la posibilidad de conjurar lúcidamente lo irracional haciéndolo irrumpir en la conciencia.

Desde Sade se acendra en el pensamiento moderno la inquietud con respecto a lo decible. Tiene lugar un cuestionamiento concreto y persistente de las operaciones de exclusión que el lenguaje describe (un hilo sinuoso conduce estas reflexiones, sometidas a ocultamientos y apariciones súbitos). En la perpleja confluencia entre desconfianza y texto se reflejará la búsqueda de una fulguración pura, sin proyección. Su cometido es soliviantar los presupuestos de la razón occidental, los conceptos que ésta considera incommovibles y cuyas esencias han sido construidas —como la genealogía nos permite comprobar— a partir de formas que les son extrañas. Refiriéndose a

(27) Mario Praz, *La carne, la morte e il diavolo nella letteratura romantica*. Milano 1930, pág. 104.

(28) *Ciento veinte días de Sodoma*, pág. 139.

(29) Bataille. *La literatura y el mal*, pág. 97.

Nietzsche, Foucault denuncia que a través de su obra derrumbada por la locura, el mundo siente su culpabilidad. En este sentido la paulatina degradación estilística que en Francia culmina con algunos pensadores recientes, entre quienes no es extraña la revalorización de Sade (v. gr. la equívoca sintaxis de Bataille, abocada al expresionismo), es significativa. Textos que acusan, se revuelven y ensanchan las fisuras a través de las cuales el "delirio" razona y se apropia del lenguaje, abriendo una interrogación que se erige sobre la convicción de que toda voluntad de verdad, "*prodigiosa maquinaria destinada a excluir*" (Foucault), constituye una mutilación de la misma verdad en función de los requerimientos del poder, productor de discursos cuyas enunciaciones "verdaderas" cambian, sin embargo, incesantemente. Obras que se pronuncian, como réplica al sistema de inclusión y exclusión, contra aquello que ejerce su presión sobre el discurso y lo legitima a través de instituciones que lo reconducen e imponen. Obras cuya tesis define a la sola creación como un límite. Y el límite —Bataille nos alecciona— nos es dado únicamente para ser excedido.